

OBJETIVOS DE LA ENSEÑANZA ESCOLAR: LA IMPORTANCIA DE LA BASE*

Oliver Letwin

En este artículo, escrito durante el debate de la reforma educacional en Gran Bretaña, Oliver Letwin sostiene que un país que pretende subsanar graves deficiencias en la preparación de sus jóvenes, debería comenzar por preguntarse cuál es el *primer* objetivo de la enseñanza escolar. ¿No será —señala Letwin— que el sistema escolar se ha fijado *numerosas metas ambiciosas* (todas ellas muy loables y legítimas), en desmedro del objetivo central, pero más modesto, de entregar una ‘base’? ¿No será que la ambición noble pero grandiosa de querer lograr lo imposible termina impidiendo alcanzar lo posible? Letwin no discute que formar una ‘persona educada’ es el ideal más alto al que puede aspirar un establecimiento. Con todo, afirma, el primer objetivo de la escuela, y el más importante de todos, debería

OLIVER LETWIN. Ha sido académico en Cambridge y asesor especial del Departamento de Educación y Ciencia. Autor de varios libros y artículos en temas de filosofía, ciencias sociales y políticas públicas.

* “Aims of Schooling: The Importance of Grounding”, *Education Quartet Part 3* (© Centre for Policy Studies, 1988). El Centre for Policy Studies fue fundado en 1974 por Margaret Thatcher y Sir Keith Joseph, con el propósito de formular y divulgar políticas que promuevan la libertad individual, la iniciativa en la esfera económica y la responsabilidad social (mayores detalles en su página web: www.cps.org.uk).

Su publicación en esta edición cuenta con la debida autorización. Traducción al castellano de *Estudios Públicos*.

ser proporcionarles a los alumnos una base sólida que les permita a éstos entender un texto escrito, expresarse con relativa facilidad en forma escrita y oral, y un manejo básico de los números. Esto, en verdad, sería entregarles a los alumnos un tesoro de incalculable valor.

1. Objetivos de la enseñanza escolar

Desde la década de 1870 que los políticos ingleses están preocupados por la organización de los colegios: ¿de iglesia o estatales?, ¿locales o nacionales?, ¿abiertos a todo tipo de alumnos o selectivos?, ¿grandes o pequeños? Éstas opciones le son familiares a cualquier político. Sus méritos y defectos han sido exhaustivamente discutidos, y una completa generación nueva de ‘especialistas en educación’ ha tomado parte activa en el debate (equipados con suficiente jerga técnica para hundir a un barco de batalla).

Llama la atención que en toda esta discusión sobre sistemas y organización se haya dicho muy poco acerca de las metas de la escuela. En efecto, la polémica se ha mantenido por años —y se han llevado a cabo grandes cambios— sin apenas haber hecho referencia a la finalidad última de la enseñanza escolar.

Ha llegado el momento de parar de hablar y de actuar en forma tan liviana, y preguntarse al fin para qué son los colegios. ¿Por qué forzamos a los niños a acudir todos los días a edificios de ladrillo y concreto con olor a repollo viejo y detergente, con su peculiar surtido de profesores y grandes cantidades de papel y tinta? ¿No será, en realidad, una operación para mantener controlados a los niños, una manera de enjaular a los pequeños mientras los padres salen a trabajar? ¿O hay algo más, algo que realmente se pueda lograr en el colegio y que no se lograría dejando que el niño explore libremente y sin restricciones como lo hacen los gitanos y nómades?

Usualmente se dan dos clases de respuesta a esta pregunta. Una se concentra en lo que se le enseña [*input*] al alumno. La otra se concentra en el producto [*output*], lo que el alumno aprende. Aquellos que se concentran en lo que se enseña [*input*] le atribuyen al currículum enormes poderes. Dicen: enseñen las cosas adecuadas y de alguna manera todo irá bien. Esta teoría no sólo encuentra un poderoso soporte en una larga tradición de pensamiento que se remonta a Platón —probablemente el primero que diseñó un currículum básico—, sino también, más recientemente, en

Matthew Arnold. En su *Informe General* de 1880, Arnold deja en claro que su meta es asegurar que lo que se enseñe [*input*] sea apropiado, a través de un currículum que contempla una amplia gama de materias. “En general”, escribió:

[...] Todos nuestros escolares, de ocho a diez años, deberían estar recibiendo instrucción en estas ocho materias: lectura, escritura, matemáticas, poesía o literatura, gramática, geografía, ciencias naturales elementales y música.

No es que haya algo malo en eso, el error está en el enfoque. Al centrarse en aquello que se está enseñando y no en lo que se está aprendiendo, los defensores de lo que se enseña [*input*] (como los que se preocupan de la organización de los colegios sin considerar las metas de la escolaridad) corren el riesgo de recetar remedios sin haber diagnosticado la enfermedad. Para decir algo razonable acerca de la meta o el propósito de la escuela, uno debe concentrarse en el producto [*output*] al final de la enseñanza escolar.

Muchos profesores no dudarían en afirmar que es inútil intentar describir los resultados esperados, porque de cualquier forma que se dé la escolaridad, va a tener diferentes efectos en diferentes alumnos; pero este argumento no es válido. Por supuesto, es cierto que cada alumno es diferente de los demás; pero la conclusión adecuada es que para obtener el efecto deseado es necesario que cada alumno aprenda diferentes cosas de una manera diferente, no que a todos los alumnos se les deban enseñar las mismas cosas sin tener en cuenta que esto tendrá en ellos diferentes efectos.

Esto se acepta como algo obvio en las escuelas de medicina, cuyos programas de estudio están relativamente bien definidos. Todos saben que la meta es formar doctores capaces de curar a la gente, y la preparación de los futuros médicos se adecua al logro de esta meta convenida por todos —mediante cursos y métodos de enseñanza que persiguen, y no dictan, el fin deseado. En los colegios la meta no es tan obvia, pero el principio debiera ser el mismo: primero decida qué resultado quiere obtener en sus alumnos al término de la escolaridad y luego disponga los medios para que todos los alumnos, con sus diferentes capacidades e inclinaciones, lleguen lo más cerca posible de esta meta.

Esto no significa que los alumnos al egresar parezcan todos iguales. Nada podría ser menos deseable. Los alumnos deberían ser, y van a ser, tan diferentes el uno del otro al término de su vida escolar como lo fueron al principio —ciertamente, en un buen colegio van a ser más diferentes (y sin duda más interesantemente diferentes) al final del período escolar que lo

que eran al principio. Pero las diferencias deben tener un fondo común. Eso es así con los principios morales. Todos tenemos como meta ser moralmente buenos; pero este solo propósito no compromete nuestra individualidad, y no lo haría aun cuando todos cumpliéramos el propósito de convertirnos en moralmente buenos, porque lo seríamos de diferentes maneras. Ésta es la característica de una cualidad como la de ser bueno: es suficientemente general para no restringir la individualidad.

Si no queremos que la enseñanza escolar restrinja la individualidad, su propósito debe ser producir cualidades generales semejantes en los alumnos. ¿Qué cualidades son éstas, suficientemente generales para que pueda desplegarse la personalidad individual de cada alumno, pero suficientemente específicas para establecer que la escuela tiene una función que le es propia?

2. Una persona educada

La respuesta habitual es decir que los niños van al colegio para recibir una educación. Esta afirmación se centra, al menos, en la cualidad general del producto [*output*] —lo que el alumno ha aprendido— más que en lo que se enseña [*input*]. Pero hay confusión y debate en torno a lo que significa ‘llegar a ser una persona educada’. Hubo un tiempo en que se pensaba que educación y eternidad estaban estrechamente ligadas. La respuesta que el Dr. Alington, director de Eaton, dio a una ansiosa madre que preguntaba para qué preparaba a los niños, fue corta, inequívoca y piadosa: ‘Para la muerte, señora, para la muerte’. Más recientemente, y en otros lugares, la moral secular ha reemplazado a las ambiciones escatológicas; el filósofo americano John Dewey escribió:

[...] cuando la escuela incorpora a un niño a la sociedad y lo instruye para que sea miembro [...] de una pequeña comunidad, llenándolo de espíritu de servicio y entregándole instrumentos para una efectiva autodeterminación, es la mejor garantía de que la sociedad más vasta sea valiosa, amable y armoniosa.

Otros han visto a la educación como el cultivo de la individualidad. Por ejemplo, Coleridge la describe como aquello “que hace aflorar y adiestra el germen de la libre determinación en el individuo”, y D. H. Lawrence dijo que significaba “desplegar la naturaleza individual de cada hombre y cada mujer hacia su verdadera plenitud”. Otros, sin embargo, consideran que la educación es algo intrínsecamente intelectual: Michael Oakshott, en

un famoso ensayo, la describió como “el proceso de aprender, en una situación en que hay dirección y disciplina, cómo reconocer lo que somos y hacer algo de nosotros mismos”.

El cúmulo de puntos de vista diferentes sobre lo que verdaderamente significa ser educado, y por tanto de las metas de la escuela, han sido suficientes para aturdir y desanimar a las autoridades educacionales —particularmente cuando ellas además deben enfrentarse con las opiniones de aquellos poco sensibles a la cultura que presionan en favor de las materias prácticas, y con el clamor de aquellos que defienden las artes y quieren que cada niño estudie a Dante y la música del Caribe. Las autoridades educacionales en Gran Bretaña han abordado este problema en su manera acostumbrada. Han recogido con absoluta sangre fría y total falta de discriminación todas las ideas nuevas acerca del propósito de la escolaridad y la naturaleza de la educación, reuniéndolas en una mezcla grandilocuente e incoherente que Burgess y Adams resumieron apropiadamente, en un informe preliminar para el gobierno, como el cultivo de una “mente indagadora, respeto por la gente, comprensión del mundo, uso del lenguaje, valoración de los controles económicos, habilidades matemáticas y otras, y conocimiento de los logros culturales”. ¿Qué se supone que deban hacer nuestras escuelas cuando se les ofrece esa clase de revoltijo?

Pero el problema no está sólo en que la gente tiene poco claras las ideas acerca de la naturaleza de la educación. De hecho, en la práctica, la mayoría de nosotros sabemos distinguir a una persona educada. Sabemos, por experiencia, que alguien puede tener muchos conocimientos sin ser de algún modo educado, tal como ocurre con muchas personas con doctorados. Reconocemos un cierto escepticismo (aunque profundamente oculto) que distingue a una persona educada de otra que posiblemente tenga conocimientos pero no educación: una comprensión de que no hay conocimiento que sea completo, que uno no tiene ni puede tener, en ningún sentido final, ‘la respuesta total’ para cualquier pregunta complicada. Junto con esto, reconocemos también un cierto tacto intelectual, un sentido de cómo aproximarse a un nuevo conjunto de ideas, una cierta capacidad de sentirse cómodo en el mundo del pensamiento.

El problema real está en que esta condición tan deseable de ser una persona educada no es, ni podrá ser jamás, el resultado o la meta de la vida escolar para la mayoría de las personas y para la mayoría de los colegios. La educación depende fuertemente de circunstancias afortunadas. Muchos profesores no son ellos mismos personas educadas: pueden saber alguna cosa u otra, pero carecer de toda capacidad de discriminación, de refinamiento intelectual o escepticismo. Tales profesores bien pueden dar a sus

alumnos algo valioso, pero no son capaces de entregar el nivel de conciencia crítica que ayudaría a los alumnos a convertirse en personas educadas. Es más, convertirse en una persona educada no es algo que ocurre automáticamente en un alumno, aun cuando el profesor lo sea y enseñe en forma cuidadosa, ya que esa enseñanza prolija podría no lograr gatillar aquel chispazo de inspiración indispensable para encender en el alumno la llama de la conciencia crítica de sí mismo. Para que el alumno llegue a ser educado necesita también cualidades especiales: debe ser capaz de ir más allá de la mera ejecución de tareas, debe ser capaz de abstraerse de sus intereses inmediatos y prácticos y entender al menos en cierto grado lo que él está haciendo, y qué pasos podría dar en el futuro; no sólo debe llegar a conclusiones sino entender cómo podrían ser modificadas y pulidas esas conclusiones. Éstas no son capacidades comunes. Hay muchos alumnos, incluyendo algunos competentes e inteligentes en variados aspectos, que nunca llegarán a ser educados, no importa cuán inspirada y cuidadosa sea su enseñanza. Desde luego, en cualquier colegio puede haber algunos profesores suficientemente educados y dotados, y algunos alumnos suficientemente imaginativos. Aun en los peores colegios puede haber uno o dos de cada uno de esos profesores y alumnos: en ese caso, allí también se estará dando alguna verdadera educación. Pero sólo en un gran colegio, provisto de una buena cantidad de profesores espléndidos y de alumnos imaginativos y muy inteligentes, podríamos tener la esperanza de ver egresar una cantidad importante de gente educada. Aun así, de seguro nos vamos a encontrar con algunos alumnos que asistieron a un gran colegio y no muestran señal alguna de ello, y que en lo fundamental permanecen sin educación hasta el final de sus días. Por lo tanto, resulta absurdo imponer a los colegios comunes y corrientes la inalcanzable meta de asegurar que todos sus alumnos salgan de allí educados. Proporcionar educación es algo maravilloso, pero especial.

Una de las cualidades que distingue a un gran colegio es la presencia en su interior de una cierta tolerancia intelectual —una percepción de la importancia de la excentricidad. Éste es un ingrediente vital para un colegio que pretenda que muchos de sus alumnos puedan llegar a ser verdaderamente educados; porque la excentricidad, correctamente entendida, hace que los alumnos pongan atención en aquellas posibilidades que van más allá de lo obvio y los tienta para que miren más allá de la tarea inmediata, de manera tal que sean capaces comparar su propia posición intelectual con otras posibles posiciones (más refinadas o más profundas). En un gran colegio habrá una cantidad importante de excéntricos realmente interesantes tanto entre los alumnos como entre los profesores: gente tan imaginati-

va que no se contenta con los obvios modelos sociales o intelectuales. En un gran colegio, sin embargo, la excentricidad no es sólo tolerada y admirada, también es rigurosamente mantenida bajo control. Ésa es la cualidad peculiar que tienen estos colegios: el sentido de tradición, el profundo orden que se observa en el manejo diario de sus asuntos y el sentido de disciplina (tanto intelectual como social) que prevalece son tales que la excentricidad puede florecer, cautivar y engrandecer la mente sin degenerar en una mera incoherencia o decadencia. En ningún otro, sino en un gran colegio, puede lograrse este delicado equilibrio. En cualquier otro establecimiento, o la excentricidad será implacablemente suprimida —privando a los alumnos de un incentivo para trascender lo obvio, para adquirir una auténtica conciencia de sí mismos y, por consiguiente, de comenzar a educarse—, o bien ella degenerará rápidamente en un absurdo incapaz de inspirar a alguien. Si un colegio común y corriente, en un afán por evitar la mediocridad, se esfuerza por cultivar la excentricidad sin contar con la necesaria estructura de orden y disciplina, probablemente va a finalizar, como muchos de nuestros colegios, con proyectos pretenciosos y sin entregar nada realmente de valor.

Aunque resulte triste y suene paradójico, el hecho importante e inmutable es que una educación de verdad, en todo el sentido de la palabra —convertir a los alumnos en personas educadas—, no es algo que la mayoría de los colegios puedan esperar entregar a la gran mayoría de sus alumnos. ¿Cuál es, entonces, su finalidad? ¿Cuál es el deber de los colegios respecto a lo que deben entregar a la mayoría de sus alumnos?

3. La base es lo primero

Sostengo que el estricto deber de todo colegio es asegurar que cada alumno tenga al egresar lo que yo llamo una base. Por base entiendo una comprensión de aquellas cosas que se requieren para participar con la necesaria autonomía en la vida de nuestra sociedad. Para convertirse en un actor con tal independencia, las personas tienen que ser capaces de leer y comprender información de diversos tipos; de otra manera, no podrían tomar decisiones propiamente autónomas acerca de su trabajo, vivienda, compras diarias, viajes, etc. También debieran ser capaces de entender los periódicos y los discursos de la vida pública ¿Si no, cómo podrían tener opiniones fundadas e independientes acerca de sus gobernantes y del sistema político? Es esencial que las personas tengan, a su vez, suficientes nociones de matemáticas para ver los simples efectos que tienen en su vida diaria sus

propias decisiones, ya que de otra manera quedarán siempre a merced de otros que usarán su ignorancia en beneficio propio. Y por último, quizás lo más importante de todo, las personas deben ser capaces de expresarse con suficiente claridad tanto en el lenguaje escrito como oral, para darse a entender en forma relativamente bien. De lo contrario, les será virtualmente imposible tomar las decisiones que son parte fundamental de una vida autónoma en nuestra sociedad, o ser reconocidos por otros como poseedores de una voz independiente y con derecho a ser escuchada. Cuando una persona carece de esa base, y por lo tanto es incapaz de tomar parte en la sociedad de manera independiente, claramente representa un fracaso de la escuela a la que asistió. Si de algún modo apreciamos vivir en una democracia liberal, en la cual la gente puede tomar decisiones por sí misma, entonces tenemos la obligación de entregarles a todos las herramientas que les permitan expresar y tomar dichas decisiones, sobre la base de que se ha entendido bien aquello que se ha escogido y que no se están dando saltos en la oscuridad. Esto implica escuela obligatoria para todos los potenciales ciudadanos, pero también supone que la escuela entregue las bases que justifiquen esa imposición. Una persona a quien no se le entrega una base representa una paradoja, porque ha estado sujeta a una escolaridad obligatoria que sólo se justificaría si la vida de nuestra sociedad dependiera de su asistencia a la escuela. Sin embargo, no ha recibido aquello que habría justificado la obligatoriedad.

Obtener una base implica adquirir tanto un rango de destrezas como cierta cantidad de conocimientos —en un nivel donde el conocimiento y las destrezas se confunden. Leer y escribir, comprender matemáticas simples y expresarse con claridad son por cierto habilidades: uno debe saber llevarlas a la práctica más que tener un conocimiento teórico de ellas. En el proceso de aprendizaje, sin embargo, inevitablemente se adquieren ciertos conocimientos específicos. Uno aprende que ciertas palabras se refieren a ciertos objetos y actividades, que dos más dos son cuatro, acaso también que la luna no está hecha de queso, y muchos otros ítems de pura información. Si las destrezas se adquieren mediante la información, o si la información se obtiene mediante las destrezas, es un asunto de práctica educacional más que de metas de la enseñanza —o simplemente un asunto de suerte. En cuanto a la meta y la obligación de todo colegio, no hay lugar para los desacuerdos. Todo niño necesita adquirir, por cualquier método, una combinación de destrezas y conocimientos que le permitan vivir en una democracia liberal.

Entregar dicha base, a mi juicio, es el único deber categórico de un colegio.

Mucha gente vinculada a la educación —y por cierto casi toda la institucionalidad educacional— lo negará, al punto de encontrarlo ofensivo. Argumentarán que un concepto de educación como el expuesto es terriblemente estrecho y que cualquier colegio que entregue a sus alumnos sólo una base rudimentaria, estaría faltando gravemente en su deber.

Esos argumentos no logran reconocer la cantidad de oportunidades que se le abren a quien cuenta con una base. Un individuo, en esencia, es alguien que toma decisiones por sí mismo y no hace que otros las tomen por él —alguien que tiene suficiente acceso a los frutos de la civilización para entender lo que se le ofrece y especificar sus preferencias reales. Eso es exactamente lo que una base le permite hacer a una persona. Al igual que el trabajador que acudía a la Asociación Educacional de Trabajadores y aquellos que asistían a las charlas instructivas del siglo diecinueve, una persona con base puede ir a la biblioteca y leer, asistir a conferencias y escuchar, preguntar y entender cualquier respuesta que se le dé en un lenguaje claro. Una persona con una base tiene algo que jamás podría tener alguien que carece de ella: un cimiento desde el cual construir una comprensión del mundo.

Claro está, una base no constituye el logro culminante de un colegio en lo que toca a fomentar la individualidad. Un colegio que sólo proporciona una base no puede pretender haber hecho todo lo que pudo por desarrollar en sus alumnos la capacidad de formular juicios independientes. Eso sería sugerir que la individualidad es un asunto muy evidente, lo que por cierto no es verdad. No decimos que una persona simplemente es capaz, o simplemente incapaz, de formular juicios independientes. Algunos tienen mayor capacidad que otros de expresar juicios independientes. A medida que las personas expanden su comprensión del mundo y de las posibilidades dentro de éste, también aumenta su rango de opciones: llegan a saber de posibilidades que antes no habrían podido imaginar. Y esto es producto no de la base sino de una verdadera educación. Los dos objetivos de la escolaridad —el deber esencial de proporcionar una base y la más ansiada y más alta meta de hacer que sus alumnos lleguen a ser educados— contribuyen, en diferentes niveles, a promover la individualidad.

Describir las metas de la educación de esta manera general y abstracta, sin duda va a ser visto por los teóricos de la educación —y entre ellos por los que se sienten de una u otra manera conservadores— como algo erróneo y peligroso a la vez. Se van a quejar de que estas metas no mencionan la enseñanza de la historia inglesa, las Sagradas Escrituras, el valor de la creatividad artística, las habilidades musicales y la capacitación para el trabajo. Pero por sobre todo, se van a quejar de que no se hace

mención alguna de la necesidad de inculcar sólidos principios morales. Pero estas omisiones son intencionales. Al contrario de lo que la moda establece, no es ni seguro ni correcto imponer —ya sea desde el púlpito o desde el gobierno— una gama completa de habilidades específicas o ítems de información que debieran enseñarse en todos los colegios. Más allá de la base, que es prerequisite indispensable para desempeñar un rol independiente en la sociedad, no hay habilidades específicas que deban ser adquiridas por todos los alumnos. Un colegio puede ser bueno o incluso muy bueno y, sin embargo, no enseñar a sus alumnos cómo realizar un experimento físico o hablar francés o tocar el piano. Por ejemplo, hay algunos pequeños colegios religiosos donde no se enseña ninguna de esas materias. Pero aun así los alumnos reciben una base y (en algunos casos) salen como gente educada a través de sus estudios de los textos sagrados, de la lengua de su propia comunidad y de las tradiciones vinculadas a esa lengua. ¿Con qué fundamento tiene alguien derecho a objetar esa educación elegida por los padres, y que es a todas luces adecuada para su modo de vida y claramente justificada por sus resultados sociales?

Igualmente nociva es la idea de que el objetivo de la escuela sea preparar gente para el trabajo. Adquirir una base es hoy probablemente tan importante para desempeñar la mayoría de los trabajos como lo es para vivir como ciudadano en una sociedad democrática liberal; mas hay todavía muchos trabajos que pueden ser adecuadamente desempeñados sin ninguna base, y hay muchos más que pueden ser muy bien ejercidos por gente sin ningún tipo de educación. Pero esto es del todo irrelevante desde el punto de vista de la escolaridad; si ambas —la base y la educación— no fuesen necesarias para todos los trabajos, no por ello serían menos importantes. El trabajo contribuye a una existencia civilizada porque el que lo ejecuta y el que se sirve de él obtienen beneficios económicos con algún valor humano. La escolaridad, tanto al otorgar una base como al procurar gente educada, también hace un aporte directo al sustento de una existencia civilizada. Por lo tanto, la escolaridad está al mismo nivel del trabajo económico, no subordinado a éste.

La formación moral es un asunto mucho más delicado. La principal finalidad de un colegio es inculcar principios y prácticas morales, en el sentido de que todo lo que se lleve a cabo en el establecimiento, no sólo en la clase sino también en los campos de deportes y en el ejemplo de los profesores, obviamente debiera propiciar que los alumnos sean mejores y no peores. En aquellos días en que se daba por supuesto que todo colegio tenía el deber de entregar a los alumnos una base, este objetivo moral podía ser enfatizado sin peligro. Cuando se le dijo a Tom Brown que su educa-

ción moral era más importante que cualquier conocimiento profundo que pudiese adquirir, era perfectamente razonable, ya que su padre suponía que iba a recibir una base adecuada. Pero ahora las cosas son diferentes. De ninguna manera se puede suponer que todos los colegios vayan a tener como meta entregar una base a sus alumnos. Por el contrario, un gran número de profesores y de especialistas en educación consideran que el llegar a tener una base no es importante en la medida en que los niños salgan gentiles, compasivos, sensibles y progresistas. Esto es tan peligroso como las teorías educacionales que se han aplicado en los últimos cuarenta años. Los alumnos de los colegios que suscriben esta doctrina quizás egresen con una conciencia delicada, pero es muy posible que estarán tan faltos de preparación para participar de una manera independiente en la sociedad, que pronto se convertirán en adultos amargados y miserables. La educación moral, por consiguiente, no es un sustituto de la enseñanza de la base. Debe ser algo inserto en todo el proceso de enseñanza y aprendizaje, no una mera añadidura a tal proceso.

4. Algunas fallas

¿Por qué todo este hincapié en la entrega de una base? ¿No es algo que ya están haciendo bastante bien todos los colegios británicos? ¿No podríamos asumir que se está entregando la base, y orientar la enseñanza hacia materias más interesantes?

Por desgracia, la respuesta a estas preguntas es un rotundo no. Muchos de nuestros colegios no les están entregando una base a un gran número de alumnos.

Este apabullante dato puede ser ilustrado mediante numerosas evidencias. Tomaré sólo una: la encuesta sobre la habilidad de lectura y escritura cuidadosamente realizada por la Assesment of Perfomance Unit (APU) [Unidad de Evaluación de Rendimiento] del Departamento de Educación y Ciencia. En su folleto sobre la enseñanza del inglés¹, el doctor Marenbon ha hecho, con alguna justicia, una cantidad de observaciones críticas a la actitud adoptada por la APU respecto a la gramática y la sintaxis; pero a pesar de estas observaciones, el material que la APU ha sacado a la luz constituye una evidencia singular de lo que está ocurriendo en nuestros colegios.

¹ John Marenbon, "English Our English: The New Orthodoxy Examined", CPS, junio de 1987.

Aquí hay un pasaje, reproducido en uno de los informes de la APU, en el cual un alumno describe una de “las tres cosas más importantes [...] aprendidas en las últimas dos semanas”.

Historia

Aprendimos que la gente pobre sufría muy dolorosamente hacia las enfermedades en el 1800 porque no podían pagar la cirugía Emfermedades Comunes en el 1800 Abortos al nacer —causados por la madre que trabaja muy duro mientras está embarazada. Fiebre Trófica— Tomar agua contaminada

Los pobres estaban hacinados por tener cinco familias en una casa porque no podían pagar nada mejor Una familia vivía en cada pieza y una en la bodega Esto causó que las enfermedades se transmitirían muy rápidamente La parte de una ciudad alrededor de una fábrica se llaman ‘Las Callampas’ Los ricos vivían más lejos en el campo. Mientras más lejos más ricos eran. Los ricos y pobres se mezclaban muy rara vez. (APU: Language Perfomance in Schools, Secondary Survey N° 2.)*

¿Qué edad tenía el autor cuando lo escribió? ¿Ocho? ¿Once? ¿Trece? No, quince. Después de diez años de escolaridad obligatoria, este alumno no había logrado un dominio en la escritura mejor que el de un niño cinco años menor que él. Los errores ortográficos, el extraño uso de las mayúsculas, la ausencia de puntos seguidos y la falta de otros signos de puntuación, los neologismos, el mal uso de las preposiciones, los tiempos verbales erróneos, la incapacidad de organizar una frase con nada más que un solo verbo principal, la consiguiente inhabilidad para unir frases complejas en una secuencia coherente, todas estas tendencias muestran al autor como alguien que no se siente ni puede sentirse cómodo en su propia lengua. ¡Y esto a los quince años, con sólo un año más de escolaridad obligatoria pendiente y con muchas probabilidades de que esos errores

* N. del T.: El texto original en inglés es el siguiente:

“History

We learnt that poor people suffered very painfully towards illnesses in the 1800’s because they couldn’t afford to pay for surgery Common deceases in the 1800’s Still born - caused by the mother working too hard whilst pregnant. Trophiad Fever - Drinking polluted water

The poor were cramped by having five family’s into one house as they couldn’t afford anything better One family lived in each room and one lived in the cellar This caused deceased to spread very quickly The part of a town around a the factory’s are called ‘The Slums’ Rich people lived farer out into the country. The farer out the richer they were. The rich and poor mixed very rarely. (APU: Language Perfomance in Schools, Secondary Survey Report N° 2.)”

garrafales sigan sin ser corregidos durante el último año! Y es muy posible que el autor los siga cometiendo durante el resto de su vida.

¿Un caso excepcional? De ninguna manera. El escrito fue calificado con nota 3 en una escala que va de 1 (peor) a 7 (mejor); no menos del 26% de los estudiantes examinados de quince años se ubicó en esta categoría o en alguna inferior. En otras palabras, eso es lo máximo que puede lograr uno de cada cuatro alumnos un año antes de finalizar su vida escolar —y esta cifra excluye, por supuesto, a los alumnos de colegios especiales (que no fueron evaluados), pero sí incluye a los alumnos de colegios particulares y *grammar schools**; es más, aquí no se han tenido en cuenta las variaciones locales o regionales que sin duda afectarían aún más el resultado. Si uno fuera a conducir un estudio similar en un *comprehensive school*** en ciertas áreas urbanas, lo más probable es que la proporción de alumnos que lograrían los mismos estándares, o más bajos, sería mucho mayor.

Un alumno de cada diez a nivel nacional está en una situación aún peor. Para aquellos alumnos que sacan 2 o menos (que representan el 9% de la población, o más del 10% si uno incluye aquellos que ni siquiera intentaron rendir el examen de escritura), el problema no consiste únicamente en sentirse incómodos con la lengua, sino de estar permanentemente al borde de caer en la ininteligibilidad. Lo atestigua este quinceañero que sacó nota 2:

En las últimas dos semanas fui a la Real Fuerza Aérea a buscar información y aprendí mucho al ir. como el sueldo la edad el entrenamiento los años de curso y reservados, y lo que tengo que hacer para conseguir el trabajo. y he aprendido acerca de el Espiral en física porque siempre he querido saber de eso. Yo estaba interesante en saber todos los distintos oficios y de todas desqripciones de ingeniería y otros oficios***.

¿Qué es lo que está tratando de decir este joven? ¿Qué son “los años de curso y reservados”? ¿Lo sabe el autor? Ciertamente, el lector no está en condiciones de adivinar.

* N. del T.: *Grammar school*, establecimiento fiscal de enseñanza secundaria con una orientación académica.

** N. del T.: *Comprehensive school*, colegios locales subvencionados para la enseñanza secundaria abiertos a todo tipo de alumnos.

*** N. del T.: el texto original es el siguiente: “In the last two weeks I went to the R.A.F. for information and I learned a lot from going. like the pay the age the training the signing years and reserveded, and what I have to do to get the job. and I have learned about the Coil in physics because I have always wanted to know it. I was interesting to know all the different trades off all discibson in engeneering and other trades.”

La trampa en la que están atrapados estos alumnos es inimaginablemente atroz y el que sea compartida por cientos de miles de ellos no la hace menos grave.

Ellos están por salir del colegio; se han gastado cerca de 15.000 libras (en dinero de hoy) en su así llamada ‘educación’. Se espera que en el corto plazo tomen su lugar en el mundo y puedan participar de un modo inteligente en una sociedad democrática liberal, expresar sus puntos de vista, conducir sus asuntos en forma ordenada. ¿Cómo van a lograrlo?

Quizás algunos comentaristas dirán que esto es una exageración y que la escritura no importa tanto. ¿Pensarán lo mismo respecto a la lectura?

La triste verdad es que una alta proporción de los alumnos que salen de la secundaria no están en condiciones de leer una simple historia y entender claramente de qué se trata. El Language Secondary Report de 1979 de la APU incluía un relato muy sencillo acerca de un chico, Billy, que llega a trabajar a Bath, se hospeda donde una casera y, pasado un tiempo, es asesinado por ella. A juzgar por el número de respuestas correctas a una serie de preguntas, cerca de uno de cada diez alumnos estaba totalmente perdido; cerca de uno entre siete no era capaz ni siquiera de identificar cosas muy simples, tal como la apariencia cálida y cómoda del cuarto, de acuerdo a como fue visto por Billy desde afuera; y casi uno de cada dos no fue capaz de decir por qué Billy comenzó a pensar que la casera era un poco loca (a pesar de que en el relato aparece claramente descrito) o por qué después él empieza a sospechar (a pesar de que ello, también, es sumamente obvio).

Todo esto puede parecer un poco abstracto. Para ponerlo en términos más concretos: si los padres comunes y corrientes de la clase media alta que envían a sus hijos a colegios particulares descubrieran que su hijo o hija quinceañera está en este nivel de lectura, concluirían que el ‘niño’ es subnormal. Sin embargo, en estas condiciones están egresando de nuestros colegios millones de hijos e hijas de los otros padres comunes y corrientes, pero no tan pudientes. Es una catástrofe que sólo se puede mantener y tolerar debido a las expectativas irremediamente bajas y equivocadas que la mayoría de los colegios tienen sobre las capacidades de sus alumnos.

5. Conclusión

Una base realmente sólida —capacidad para entender en forma cierta y efectiva un texto escrito, sentirse cómodo tanto en la redacción escrita como en la expresión oral y un manejo básico de los números— es el

tesoro máspreciado que podrían y deberían obtener todos los alumnos británicos normales. Hasta que ello no se haya logrado universalmente en nuestros colegios, deberíamos concentrar todos los esfuerzos de los administradores y profesores en esa tarea. Sólo en aquellos establecimientos donde la base mínima esté suficientemente consolidada y pueda darse por sentada, se podría justificar que los esfuerzos fuesen desviados a alguna otra tarea.

No seguir este camino tiene consecuencias verdaderamente trágicas. Se trata de un caso donde lo óptimo es enemigo de lo bueno. De hecho, esto es lo que ha sucedido con la educación británica en los últimos cuarenta años; la ambición noble pero grandiosa de querer lograr lo imposible ha impedido alcanzar lo posible. Tal vez en los próximos cuarenta años los colegios británicos adopten metas más modestas y logren resultados mejores, procurando educar sólo una vez que hayan logrado entregar una base completa, y buscar profundidad sólo cuando se hayan entregado fundamentos sólidos. Por cierto, si insisten en las pretensiosas y destructivas metas del pasado reciente, los alumnos continuarán recibiendo lo que Lewis Carroll acertadamente describe como “el curso regular [...] las diferentes áreas de aritmética [...] Ambición, Distracción, Deformación y Ridiculización”. □